

## TELEX-TELEX-TELEX-TELEX

● El semanario americano «Newsweek» anuncia que centenares de sudvietnamitas acomodados abandonan el país para trasladarse con sus familias al extranjero; los hay que pagaron más de medio millón de pesetas por un visado.



● El ministro alemán de Asuntos Exteriores, Willy Brandt, se ha mostrado de nuevo partidario de la firma del Tratado de No-Proliferación nuclear antes de las próximas elecciones legislativas de septiembre.

● Israel solicitará de las comunidades judías en el extranjero que su contribución anual al estado de Israel pase de los 200 millones de dólares de 1967 a 400 millones.

● El gobierno de Bangkok (Tailandia) ha pedido permiso a Estados Unidos para retirar de Vietnam los 12.000 hombres que allí tienen, y emplearlos para hacer frente a la insurrección interior.

● Parece confirmarse el rumor según el cual el Vaticano habría puesto en venta importantes paquetes de acciones pertenecientes a una serie de sociedades italianas.



● Ante la dura oposición registrada por los sindicatos británicos, el primer ministro, Harold Wilson, ha decidido retirar el proyecto de ley contra las huelgas.

● Con la victoria aplastante de Ian Smith en el referéndum al que sólo tuvieron acceso los blancos, Rhodesia ha pasado a convertirse en república oficialmente racista.

● Una comisión de delegados de la oposición portuguesa llegaron al acuerdo, al término de una serie de reuniones, de presentar un bloque unido para las próximas elecciones.

● De acuerdo con una información publicada en el diario londinense «Sunday Times», el programa nuclear de China popular se encuentra en fase mucho más avanzada de lo que se cree en Occidente.

● Varios testigos griegos han declarado nuevamente ante la subcomisión de los Derechos Humanos, en Estrasburgo, sobre las diversas torturas a que fueron sometidos en las comisarias y cárceles de su país.

● Muy poco después de haber tomado posesión de la presidencia de la República, Georges Pompidou debe enfrentarse ahora a toda una serie de reivindicaciones laborales presentadas por los sindicatos.

● Nigeria ha permitido la apertura de una ruta fluvial para el transporte de socorros con destino a la población civil de Biafra, según informa Radio Lagos.

● De acuerdo con un informe hecho público por el Instituto Pastoral de Holanda, en los últimos cuatro años ha descendido considerablemente el número de sacerdotes en aquel país.

● En contra de la opinión de los socialistas, el canciller Kiesinger ha excluido nuevamente toda posibilidad de reconocimiento oficial a Berlín-Este.



● «Vuelvo a la lucha», declaró François Mitterrand después de semanas de silencio, al tiempo que anunciaba un «tour» de Francia para intentar de nuevo unir a la izquierda francesa.

## TELEX-TELEX-TELEX-TELEX

## LOS QUE SE VAN

### John L. Lewis, el último sindicalista americano



A los ochenta y nueve años, el viejo John L. Lewis se desplazaba en un Cadillac, con chófer de uniforme, que había puesto a su disposición el sindicato minero (UMW) cuando se retiró, en 1960, al cumplir los ochenta años, y vivía de la pensión sindical de 50.000 dólares anuales. Era la última recompensa a una vida dedicada al sindicalismo, en la que si hubo muchos errores hubo también una dedicación total. Lewis había sido derrotado ya hacía mucho tiempo. Le habían causado una herida profunda. Durante la segunda guerra mundial, Lewis había provocado una huelga en las minas de carbón y fue acusado de sabotear el esfuerzo de guerra del país y traicionar a los soldados que combatían en el frente. En vano explicaba Lewis que estaba seguro de que el carbón almacenado ya en la superficie era suficiente para cubrir todo el esfuerzo de guerra de los Estados Unidos y de sus aliados, que la huelga no afectaba para nada a la lucha y que era un puro problema entre trabajadores y patronos. «En nombre de los soldados americanos, John L. Lewis, ¡maldita sea tu alma de carbón!», titulaba a toda página el periódico del Ejército, «Stars and stripes». Se recordaba que Lewis había dirigido una campaña contra la entrada de los Estados Unidos en la guerra —la aviación que recibió su discurso contra Roosevelt duró cuarenta y tres minutos; le apoyaban los comunistas, que luego le abandonaron cuando Hitler atacó la URSS y se rompió el pacto germano-soviético— y se le acusaba de mantener el derrotismo. Lewis nunca se repuso de aquellos ataques. Había conseguido sus reivindicaciones salariales, pero había perdido la batalla nacional. El sindicalismo fue invadido por el

Estado, y la figura de Walter Reuther estaba ya prefabricada para sucederle. Lewis había trabajado en las minas desde los doce años, no pudo pasar de la escuela primaria y su cultura se la debió a una maestra de pueblo, Myrta Bell, con la que se casó después. Reuther había ido a la Universidad —clases nocturnas, mientras trabajaba en Ford— y era brillante, intelectual, eficaz. Lewis no tenía más fuerza que la de las huelgas. Reuther proponía un sindicalismo sin huelgas, con pactos. Cuando se votó la Ley Taft-Harley contra las huelgas, Lewis se opuso a ese texto «detestable y tiránico» y se encontró en minoría dentro de los sindicatos (los únicos que se opusieron siempre fueron los obreros tipógrafos). Cuando se decidió la expulsión de los comunistas de los sindicatos, Lewis se opuso y volvió a encontrarse solo: Reuther se encargó de la gran purga. Poco a poco, el sindicalismo americano se fue engrandando en la política general del Estado, alimentándose de tecnocracia y burocracia, mientras el viejo sindicalismo de combate que había representado Lewis se rechazaba en todos los niveles. Hacía ya muchos años que John L. Lewis era un superviviente de sí mismo, y contemplaba con amargura el «sindicalismo intelectual», como él decía. Probablemente, si a sus fabulosas condiciones de dirigente de masas hubiera podido añadir algo más del intelectualismo que despreció, la fuerza del sindicalismo obrero en el país central del capitalismo hubiera sido otra muy distinta. «He tenido la debilidad de admirar a mis adversarios», decía en los últimos años de su vida. Fue, probablemente, su única debilidad.

### Emmanuel d'Astier de la Vigerie

Con un número especial de su revista «L'Evenement», Emmanuel d'Astier de la Vigerie anunciaba un renacimiento de sí mismo y de su pensamiento político: «El anciano vuelve a encontrar a los jóvenes. Los jóvenes ya no están huérfanos. El trabajo (y el poder de ser el mismo) depura todo, incluso la increíble distancia de las generaciones». Fue su último escrito. Ha muerto a los sesenta y nueve años de edad, llevándose consigo sus ilusiones y sus paradojas, la paradoja de haber sido laureado con el Premio Lenin de la Paz y de haber sido ministro de De Gaulle. El aristócrata D'Astier, que comenzó su vida como oficial de Marina, fue una de las personas que creyó en la gran esperanza que debía abrir al mundo la victoria sobre el nazismo. Quiso estar al margen de los partidos.

Abandonó el Ejército y la política directa, después de ser ministro del Interior con De Gaulle, para entregarse al periodismo. Su periódico «Libération» quiso ser independiente, y se sostenía como «republicano progresista», pero coincidía continuamente con las tesis comunistas. Su esposa era hija de un diplomático ruso. Con ella viajó a la URSS, conoció a Stalin y a los grandes dirigentes soviéticos de la época, y ha dejado de ellos prodigiosos retratos escritos, independientes y serenos. Su independencia le hizo perder el apoyo del partido comunista, sobre todo a partir de la época de Hungría. Sin el apoyo comunista, D'Astier tuvo que cerrar su periódico. Comenzó entonces un regreso hacia De Gaulle. Fue el único intelectual de la izquierda que tuvo uso libre de la



palabra en la televisión gubernamental. Su emisión se llamaba «L'Evenement», y de ella surgió el título de lo que debía ser una nueva revista política. Falto de dinero, no pudo sostenerla, y ahora creyó que podría reaparecer. Pretendía apoyar a Pompidou «como un mal menor» («Poher, la peste. Pompidou, la escarlatina»). De

la vida política de Emmanuel d'Astier quedará poco. De su vida puramente literaria quedarán, sin duda, libros como «Stalin», «Siete veces siete días», «El verano no termina...». Libros escritos con un estilo cálido, brillante, lleno de sugerencias y de elegancias de lenguaje y expresivo, al mismo tiempo, de un espíritu independiente.

## EL PRECIO DE LA SEGURIDAD

### Prevención de accidentes

En el transcurso del primer Simposio nacional que sobre Protección y Prevención de riesgos industriales se ha desarrollado en Madrid, se han manejado una serie de cifras referidas a los accidentes industriales que, independientemente del capítulo de víctimas, suponen cuantiosas pérdidas a las economías de los países. Así, en el ramo reservado a los incendios, fueron aumentando año tras año en nuestro país durante el último quinquenio. Mientras en 1963 se contabilizaron 28.361, durante 1967 éstos se elevaron a 35.872. Las cifras son mucho más elocuentes —y, por supuesto, más alarmantes— si se considera el importe en pesetas que los daños han ocasionado. De este modo, se pasa de 623.640.000 pesetas, en 1963, a 1.134.640.000 pesetas, en 1967, cifra esta última que casi llega a duplicar la anterior en sólo cinco años.

Sin embargo, los siniestros ocurridos en el ramo de transportes tienden a disminuir: de 92.741 siniestros en 1963 se ha pasado a 74.859 en 1967. No obstante, el importe de daños ocasionados aumentó en una proporción más

elocuente que en el ramo de incendios, puesto que de los 1.410.680.000 pesetas alcanzadas en 1963 se ha llegado, en 1967, a mil seiscientos millones. Las causas de este tipo de siniestros son de diversa naturaleza: corto circuito, defectos de maquinaria, inundaciones, causas desconocidas y, por supuesto, explosiones.

Resulta destacable que un setenta por ciento de los accidentes tuvo lugar en fábricas o almacenes de materiales y productos inflamables, laboratorios químicos, refinerías petrolíferas, fábricas de papel, almacenes de plásticos, depósitos de carburantes, etcétera. Fuera de nuestro país, el mayor número de siniestros correspondió a los países de mayor nivel de industrialización. En este sentido, Inglaterra, Bélgica, Estados Unidos y Francia se llevaron la palma a la hora de contabilizar accidentes industriales, países que, sin embargo, ofrecen los mayores índices de seguridad frente a los países escasamente desarrollados.

Estos dispositivos de seguridad suelen suponer fuertes inversiones por parte de las empresas y, en nuestro país, pocas son las que, estando en condiciones de hacerlo, realizan dichas inversiones. Las consecuencias suelen

reflejarse siempre en las primeras páginas de los periódicos... Todavía está reciente la catástrofe ocurrida en Ibi el pasado verano y, aunque obedeciera a otras razones, la más reciente todavía de Los Angeles de San Rafael.

## ECONOMIA

### Una sugerencia: «El día del trigo»

Uno de los mecanismos más ingeniosos de que se sirve el sistema económico para promocionar la venta de determinados productos consiste en reclamar la atención del consumidor en algunos días del año, previamente fijados y distanciados entre sí, de tal forma que no haya lugar para la indiferencia y el desánimo en la actividad consuntiva. Así, por ejemplo, en la presente semana se celebra el «Día del colegio», que viene a constituir un eficaz aliciente para la industria del juguete, la cual, tradicionalmente, a partir de diciembre y enero, experimenta importantes reducciones en su volumen de ventas. En el mismo sentido, el «Día de los enamorados» viene a salvar parcialmente la difícil situación y las apremiantes necesidades de numerario por las que atraviesan muchas entidades comerciales durante el mes de febrero, tan maltratado por las fluctuaciones de la coyuntura económica. Los estímulos de este tipo a otros diversos sectores industriales y comerciales son ampliamente conocidos, repartiéndose entre ellos instituciones, personas, afectos y relaciones de muy diversa naturaleza, pero que contribuyen todos a estimular, aunque sólo sea pasajeramente, la demanda.

En este contexto, pensamos que tendría sentido dedicar una fecha a promocionar el consumo de un producto tan esencial para la economía española —dadas las circunstancias presentes— como es el trigo. Con ello, además de evitar que la demanda de este producto sea sustituida por otros bienes —muchos de ellos de importación—, se rendiría un homenaje nacional a un producto que, durante tantos años, ha constituido la base fundamental de la alimentación de los españoles. Se completaría de esta forma también el conjunto de medidas y disposiciones de índole protectora y de subvención que enmarca la política agrícola con relación a este cereal.

Esta sugerencia, creemos, es aún mucho más constructiva si se considera que a los cuantiosos excedentes de trigo que vienen acumulándose durante las campañas de 1965, 66, 67 y 1968, se van a sumar muy pronto los de la

presente campaña, que prometen no desmerecer en absoluto a los de los años anteriores. Promocionando abiertamente el consumo de los excedentes de trigo —a que nos viene conduciendo la política del Ministerio de Agricultura, que ha demostrado no poder adaptar la producción a los niveles de consumo más reducidos que exige la demanda—, quizá se pudiera intentar una arriesgada operación de política económica, que consistiría, en términos generales, en modificar por Decreto la dieta alimenticia.

En cuanto a la fijación de este día, sería muy conveniente que respondiera a los problemas que estacionalmente se plantean con ocasión del almacenamiento de los excedentes: de los «stocks estratégicos» y de los que no lo son. Quizá ello indujera a la determinación no de una fecha única para todo el territorio nacional, sino de varias, atendiendo al momento en que estos problemas se plantean en las diversas regiones productoras de la España interior. Y así como se acostumbra a proceder con otros productos, sugerimos que en el «Día del trigo» se efectúe una reducción especial (de un 10%, como en la Feria del Libro) de los precios del mismo, con lo cual se conseguiría algo que no se ha podido alcanzar a través de ninguna otra medida. No obstante, primas especiales deberían establecerse para aquellos trigos con origen en terrenos de regadío de alta productividad y susceptibles de otros aprovechamientos más intensivos. Por último, no hace falta indicar que todo ello debería acompañarse, a través de los más modernos medios de comunicación de masas, con una intensa campaña publicitaria que promocionara la venta del producto, convenciendo al consumidor de sus indudables ventajas proteínicas.

Si esta sugerencia cobra cuerpo, y el experimento se lleva a cabo felizmente, sería conveniente ir elaborando los estudios previos de cara al establecimiento posterior, de acuerdo con las fechas libres en el calendario, del «Día de la cebada», producto del cual ya comienzan a acumularse, sistemáticamente, fuertes excedentes. ■ A. L. M.



EL CASO IBI. TREINTA Y SEIS MUERTOS

## TEATRO

### Cuando empieza a hablarse en España de los cafés-teatro

Hubo un tiempo en el que se consideraba «teatro» a una manifestación de límites precisos. Hablo de un tiempo relativamente próximo, en el que si bien la crisis de la sociedad burguesa —es decir, de sus principios— ya era obvia para una minoría, no tenía el carácter aceleradamente apocalíptico de nuestra hora. La mayor parte de esta burguesía vivía aún con un sentimiento de estabilidad. La vida ordenada por las generaciones anteriores era la suya, y ésa sería también

la vida de las generaciones sucesivas.

El teatro se inscribía en ese mundo como una distracción culta y de buen tono. Los locales teatrales eran, más o menos, iguales. Vestíbulo para fumar y charlar en el entreacto, salón-cillo y, dentro, sala a la italiana, con dorados, terciopelos rojos, una lámpara aparatosa y policromas alegorías en las paredes y en el telón. La escenografía era, más o menos, la misma siempre. Y los autores eran «de la casa», es decir, conocidos, de ideas